

Pilar Palomo, *Entre la niebla. Cuatro poetas ante el silencio de Dios (Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Dámaso Alonso, Blas de Otero)*, Sevilla, Renacimiento, 2022, ISBN 978-84-19231-36-9, 179 pp.

Con detalle del cuadro de Caspar David Friedrich *Der Mönch am Meer* (1808-1810, Berlín, A. Nationalgalerie) y prólogo de Álvaro Alonso (pp. 7-15), Pilar Palomo publica en la editorial Renacimiento, dentro de su colección *Los Cuatro Vientos*, los preliminares de una investigación de más amplio recorrido, que aquí adelanta, abordando la manera con la que cuatro poetas afrontan el silencio de Dios en la Modernidad: Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Dámaso Alonso y Blas de Otero.

Don Miguel («Unamuno, hambre de inmortalidad», pp. 25-84) se enfrenta, desgarrado, a esa nada de silencios que resulta de la decantación exclusivamente materialista de la realidad, pero no rehúye, sino que busca y va al encuentro, abrazando, trágica y compasivamente a la vez, el Madero ante el naufragio. Resalta Pilar Palomo cómo, desde la adolescencia, Miguel de Unamuno reclamaba una respuesta divina ante el silencio de Dios; pedía una señal, sucumbiendo en 1897: «¿Quién soy yo para querer que hable?» (p. 27). Se reencuentra por medio de la fe, a través del retroceso espiritual, con aquel creer inocente de la infancia (p. 29), irrumpiéndole en el reverdecimiento una señal: «No busques luz, mi corazón, sino agua» (p. 31), lo que desemboca en la *Elegía en la muerte de un perro* (pp. 32-33). Palomo apunta un detalle trascendental: para Unamuno, la poesía «es la forma más idónea para comunicar sus pensamientos y sus sentimientos más íntimos y, sobre todo, su anhelo de comunicación con Dios» (pp. 44-45). Bellísima la afirmación unamuniana: «Lo más grande que hay entre los hombres es un poeta, un poeta lírico, es decir, un verdadero poeta» (p. 47); y es que lo que un filósofo persigue, lo tiene dentro de sí un poeta, decía María Zambrano, para quien «la poesía, y sobre todo la poesía lírica, era en Grecia llanto, agonía del alma ante la realidad amada que se escapa [...]. Porque en el amor está la cuestión verdadera» (*Filosofía y poesía*, 1939). Esa necesidad de la poesía para llegar a Dios es subrayada por Pilar Palomo, remitiéndonos a Pedro Cerezo en *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno* (1996), cuando escribe: «No podría ser Unamuno un pensador sin ser poeta. Poética fue su fe en el todopoderío de la palabra. Y su estilo mental o su forma de hacer religión, filosofía, historia y política, vivían de esa fe. Y poética fue, en suma, su existencia entera» (pp. 49-50). Ese Dios-poeta nos lleva de nuevo a la pensadora veleña –y, más atrás, conectando con el espíritu del cuadro de Friedrich, a Hamann–, del mismo modo que la idea del Dios español nos conduce a una cultura que interioriza la relación divina, de hondo atavismo mediterráneo, a través prioritariamente de la Madre, Purísima y Corredentora. Desde esta cristianización poética en la Luz –dogmática en el mármol, que no en la sombra, que nos recuerda a Juan Sierra cuando escribe, con extrema elegancia, «una sombra de caricia/ que a los mármoles desquicia», pues Ella es «baranda de luz abierta» (*Palma y cáliz de Sevilla*, 1944)–; desde esa esencia, femenina y maternal, de su intrahistórica existencia, Unamuno se postra ante *El Cristo de Velázquez* quintaesenciando la necesidad religiosa del trasmundo, descalabrado y huérfano, de un 98 al que solo le queda caminar a tientas por el desamparo.

Antonio Machado («Machado: ante el Misterio», pp. 85-117) representa otra actitud, otra visión, otra perspectiva hondamente moderna. Todo lo que en Unamuno es magma e incandescencia, en Machado es niebla sobre el mar: «barco sin naufragio y sin estrella» (p. 89). Machado no busca el misterio, se enfrenta con él: «lucha continua contra el misterio» escribe Pilar Palomo (p. 90). Ahonda en la duda, pero no la despeja, sucumbiendo en el descreimiento del Verbo. No estamos ante el espíritu agónico de Unamuno, que necesita a Dios; Machado se desencanta del latido divino. El dolor ante la

muerte de su esposa, jovencísima, le reafirma su queja. Si Unamuno se reencuentra a través de la poesía, a través del corazón, Machado oscila entre el páramo y la espina. Esto le lleva a la espiritualización de la pérdida y del mar, horizonte por excelencia y misterio, devolviéndonos al unamuniano «No busques luz, mi corazón, sino agua» (pp. 104 y ss.). Sin idealización no hay camino; sin Dulcinea no hay don Quijote. Y el alma necesita, ya al andar, ya al navegar por el gran silencio, un camino o una ruta de esperanza –en el fondo, un amparo de ternura en el latido: amor– para este éxodo que es el vivir.

Con Dámaso Alonso («Dámaso Alonso: entre el amor y la duda», pp. 119-149), Palomo nos presenta a un poeta ante una circunstancia radical: la guerra. *Hijos de la ira* (1944) resulta esencial ante el tema de Dios para quien tempranamente fue transido por la duda. Aun así, escribe: «Toda poesía es religiosa. Buscará unas veces a Dios en la Belleza. [...] Se volverá otras veces, con íntimo desgarrón, hacia el centro humeante del misterio, llegará quizá a la blasfemia. [...] Así va la poesía de todos los tiempos a la busca de Dios» (p. 123). Para Palomo, la poética de Dámaso se pone, en un mundo perdido, «directamente cara a Dios» (p. 124) y lo reencuentra, postulación que abre el camino a buena parte de la poesía española del resto del siglo XX (p. 128).

Finalmente, el libro acomete la figura de Blas de Otero, al que ilustra «contra el silencio de Dios» («Blas de Otero: contra el silencio de Dios», pp. 151-175). Partiendo de una poesía «anclada en un tradicional catolicismo», Otero reacciona con «agónica búsqueda de un Dios del que se siente abandonado» (p. 154), clamando en *Pido la paz y la palabra*. Desde ahí se precipita al terrible: «Me haces daño, Señor. Quitá tu mano/de encima [...]» (p. 162). Para Palomo, «Blas de Otero no es un místico. Pero puede trasvasar ese tremendo vacío –silencio– de Dios a todo hombre y, por supuesto, a sí mismo. Y, como hombre, se rebela contra un Dios del silencio [...] Y esa rebelión contra Dios, por ese supuesto abandono, la manifiesta violentamente, rabiosamente, hasta ferozmente en ocasiones» (p. 166). A través de Walt Whitman, Otero busca reencontrarse en la Naturaleza, evocándolo en el poema *La Tierra*: «¡Oh Capitán, mi Capitán, Dios mío!» (p. 169). Otero prosigue con un poema titulado *Hombre*, escribiendo: «Esto es ser hombre: horror a manos llenas» (p. 174). Ese trágico rechazo es, sin embargo, para Palomo expresión de amor: «Lo fue primero a Dios y después al hombre. Pero siempre es amor» (p. 175).

El estudio de Pilar Palomo nos acerca, con didáctica concisión, a las atalayas desde las que estos cuatro poetas contemplan el silencio de Dios en la primera mitad del siglo XX. Esperemos que sucesivas entregas del estudio de Palomo nos acerquen al análisis de la cuestión en poéticas más recientes, permitiéndonos avizorar ya constantes, ya desprendimientos irreversibles, de este Eco latente escrito sobre el viento.

Manuel Carbajosa Aguilera  
(Universidad Pablo de Olavide)